**Reminiscencias**

El anciano encontró aquella llave en el interior de una vieja caja de hojalata **que alguna vez estuvo repleta de galletas.** La misma caja de la que, a veces, un niño sacaba y le mostraba algunos retratos antiguos que el viejo miraba, mientras el chiquillo le hablaba, sin él comprender qué le decía.

Ahora la sostenía entre sus manos. Quizá le habría llamado la atención por su tamaño. Era muy vieja, de hierro colado, con filigranas en el ojo.

La guardó en el bolsillo de su pelliza y bajó las escaleras que antes lo habían conducido hasta el desván. Salió a la calle, aprovechando una distracción de su hija, con la intención de descubrir la puerta antigua que pudiera abrir con ella.

La casa en la que vivía, era de reciente construcción y las puertas, fabricadas en PVC, tenían cerraduras de seguridad que no admitían semejante tipo de llaves.

El paseo resultó muy corto. El pueblo había sufrido una importante transformación urbanística y quedaban muy pocas casas antiguas por reformar y las que había se encontraban sobre todo por la periferia.

De pronto el viejo dejó de caminar desnortado ante el cruce de calles que se bifurcaban hacia las afueras de la población, sin saber hacia dónde dirigirse.

Un vecino que lo conocía le orientó en la dirección que debería de tomar acompañándolo hasta su domicilio, traspasando la verja y adentrándolo en el jardín de la casa.

Aquella noche el anciano fantaseó con ventanas atestadas de macetas floridas, y enormes caserones que lucían antiguos escudos heráldicos. También soñó con zaguanes que lo introducían en patios adornados con plantas y árboles que daban sombra a la casa, donde unos niños extraían agua de un pozo que, en cántaros, transportaban hasta la cocina. Allí una señora enlutada, atizaba el fuego de una chimenea que calentaba la estancia donde unas personas mayores tejían prendas con hilo de lana de variados colores.

Al día siguiente su hija lo despertó y le acompañó hasta el jardín para que disfrutara del tibio sol del otoño pirenaico.

Apenas el viejo se había acomodado en el umbral, la perra, de la raza sabueso, olfateó la llave que este mantenía entre sus manos y, mordiéndole los bajos del abrigo, le animaba a que la siguiera, apartándose de vez en cuando y volviendo para tirarle del gabán.

Sin darse cuenta se encontró caminando detrás del animal, que correteaba alegremente.

Se alejaron del pueblo, sin que nadie advirtiera sus pasos, hasta llegar a la alameda que, bordeada de cipreses, conducía al cementerio.

Iniciaron entonces la subida en dirección a la montaña, atravesando robledales y bancales de pizarra. A veces el sendero se perdía entre matorrales para aparecer de nuevo junto al barranco.

Entre algún claro de los árboles se podía distinguir a lo lejos, colgado de las peñas, la silueta de un pueblo abandonado.

La ascensión se hacía lenta y difícil para el anciano que, desvistiéndose del abrigo, mal podía seguir al animal, que nervioso, inspeccionaba el camino ahora invadido de aulagas que le arañaban las patas a su paso.

El rumor del río, perdido entre los chopos, se hacía cada vez más perceptible anunciando su caída hacia un viejo molino. Al ver el torbellino que formaba el agua escuchó en su cerebro el eco de la voz de un hombre que le gritaba a un muchacho, para que saliera del cauce torrentoso.

Al terminar la vereda, las primeras casas del pueblo recubiertas por la yedra, aparecieron súbitamente ante sus ojos.

Al caminar por las desiertas calles, sus pasos le llevaron hasta las tapias de un cementerio protegido por una desvencijada verja, que se mantenía unida a la pared por medio de un herrumbroso candado. En el interior del camposanto su subconsciente le mostraba fugazmente, como espectros, a un nutrido grupo de personas que iban siguiendo a un féretro acompañando a un cura en sus plegarias.

Ambos, perra y abuelo, siguieron andando por las calles empinadas, resbalando a veces a consecuencia de los líquenes que emergían entre las piedras de la calzada.

Advertía asombrado los muros derruidos de las casas, que habían arrastrado en su caída las barandillas de hierro forjado de los balcones. Muchas de ellas habían perdido sus tejados, dejando ver los patios atrapados por las ortigas.

Ante tanta desolación, el anciano imaginaba un rebaño de ovejas abrevando en la fuente de la plaza y al pastor vestido con zamarra que se paraba a la entrada de la taberna, pidiendo que le sirvieran una copa de aguardiente, mientras no perdía de vista al ganado ni al perro que lo guiaba.

Permaneció, por largo tiempo, contemplando sobrecogido lo que quedaba del pórtico, invadido de zarzales, de la **iglesia de San Miguel Arcángel.**

Lo que antaño había sido el edificio principal del pueblo, ahora era una ruina llena de agujeros a través de los cuales silbaba el viento, aunque en la torre, sorprendentemente, permanecían en su sitio las campanas, cuyo sonido creía oír en su cabeza, llamando a misa a los habitantes de aquel pueblo fantasma.

En su interior veía a un niño sentado junto a una mujer que le miraba con ternura, mientras cantaba algún himno acompañado de la música de un órgano vetusto.

La presencia de una construcción de una sola planta, en aquella misma plaza, con varias ventanas a la calle, le transportó hasta una estancia repleta de niños que sentados en viejos pupitres recitaban a coro una retahíla de sonidos que le retumbaba en sus oídos y que le resultaba imposible descifrar.

Siguió andando en silencio, el deambular de la perra que se paró de pronto, ladrando al llegar a una desvencijada cuadra, que mal soportaba las paredes de una casa adosada a sus muros.

Tres desgastados escalones recubiertos de musgo le condujeron hasta una gruesa puerta de madera de la que aún colgaba un pesado picaporte. La cerradura se presentó ante sus ojos llamativa como pidiéndole que probara con la llave su apertura. Al abrirla reconoció la estancia, y vislumbró en la penumbra a los personajes que antaño la habitaron.

Pareciera que estaban todos esperándole alrededor de una mesa para darle la bienvenida.

Jacinta la de Alejo; Malvina; Hortensia de casa Fuster; el abuelo Serafín; su padre Justino y su hermano Germán. Al fondo su madre, sentada junto al fuego, le abría los brazos acogiendo su llegada.

Penetró en la habitación al mismo tiempo que una joven se presentó ante él luciendo una sonrisa encantadora. «¡Qué sensación más placentera!» Allí estaba, recibiéndole a besos, Amaia, su querida esposa.

Imaginó que subían al dormitorio, llevándola agarrada de la mano, mientras los viejos escalones se resquebrajaban a su paso.

Se entregaron el uno al otro en la destartalada cama, como siempre lo habían hecho a la vuelta del trabajo, y se vio amándola de nuevo como si aquel fuera el último día de su vida.

Al mirar a través de la ventana, sin marco ni cristales, el entorno agreste de las montañas y sus cumbres nevadas, rememoró momentos de su vida en Esco, y vio pasar por delante de la casa un carro, atestado de muebles y baúles, tirado por las caballerías guiadas por sus vecinos, que se perdían por el camino que conduce a Sangüesa. Conciudadanos que como él habían tenido que abandonar el pueblo al construir e inundar el embalse de Yesa.

«¡Hoy al fin ya sé quién soy! Gritaré a los cuatro vientos para que, hasta los que aquí yacen olvidados, sepan todos que Venancio el de Casa Ager ha vuelto a sus raíces y aquí quiere morir junto a sus padres».